

EL ESTUDIANTE MALLORQUÍN

Cuando llevaba diez años en España, muy lejos del Paraguay, mi tierra natal, me ganaba la vida cuidando ancianos. La madrugada del veintisiete de marzo de 2015, como tantas otras veces, llegué a casa hecho polvo después de estampar un millón de besos en el cadáver del viejito amigo que se acababa de marchar. Otro enfermo que me había abierto su alma a cambio de ayudarlo a sostener sus seis últimos meses de vida. Pero aquella madrugada era distinta. El amigo que acababa de perder había aprovechado mi compañía para contarme los recuerdos de toda su vida.

* * *

En plena guerra europea, el Jaime II era un cascarón de la Compañía Trasmediterránea que apenas se mantenía a flote. Juan me contó que se embarcó por primera vez para cubrir la travesía de Palma a Valencia porque quería ser químico. Su manía por saber cómo estaban hechas las cosas rayaba la obsesión. Decía que le gustaba desmontar radios y otros aparatos eléctricos para indagar su interior y saber cómo funcionaban. Ya de niño, antes de quedarse dormido, extraviaba la vista por el techo y paredes de su habitación, imaginando qué pasaría por aquellos cables que llegaban hasta la bombilla y la hacían lucir. El laboratorio en que transformara el cuarto trastero sobre la cocina de su casa, no fue suficiente para explicar la composición de las baldosas del patio ni del aceite que salía de la “tafona” de la finca.

Su pequeña maleta de cuero y herrajes, viajaba en aquella primera travesía llena de ilusión en aprender y convertir los conocimientos en fortuna. *Nadie es profeta en su tierra*, pensaba Juan cuando el buque se separaba del muelle.

Durante los años de la hambruna, en el devenir entre su pequeña tierra y el continente, su afán fue tomando forma. La maleta viajaba de Palma a Valencia llena de ilusión y de vuelta a la isla con unos saquitos de arroz, sepultados entre cuatro pilas de libros y una cubierta de ropa sucia. Comparaba inconsciente aquella vasta tierra abierta, plena de oportunidades, con su pueblecito clavado al fondo del valle. Estudiando sabría, sabiendo haría cosas que otros no podrían hacer, así podría formar una familia y tener un hogar. Las noches de ronda y los prostíbulos de tercera se le brindaron alternativas apetitosas para aprovechar esa nueva tierra grande, que la posición de su familia le había permitido habitar sin trabajar. Pero Juan, desde el primer momento, renunció a todo eso y prefirió la formación. Si antes de cruzar el charco era un niño libre y mal

criado de su abuela, al que nadie se atrevía a reprender, cuando se hizo joven, un sentimiento de responsabilidad ahondó en él hasta convertirlo, primero en un buen estudiante y luego en un profesional de primera línea y el mejor cabeza de familia. Se convenció de que no había imposibles. Con esfuerzo consiguió ser químico y saber, que a la sazón era lo que más deseaba en el mundo. Él me dijo, apretando un puño, que era lo más importante de su vida, porque lo había logrado él solo a pulso.

Ufano con su logro y fresco como una rosa, decidió seguir subiendo. Un brillante título de doctor flameaba en lo alto de sus miras, convirtiéndose en su sino a comienzos de los años cincuenta. Si con la licenciatura conseguía abrirse camino ¿qué no haría con el doctorado? Cuando el hambre, las borracheras colectivas y los desmanes políticos inundaban el día a día de la postguerra en el Sindicato de Estudiantes Universitarios (SEU), Juan presumía en silencio de no tener camisa azul ni pistola. Por lo que me contó honestamente, tuvo la destreza de comulgar con los falangistas sin comprometerse a nada. La ciencia le amuebló la mente para pasar por alto sectarismo e ideologías políticas, pero de forma tan discreta que no pusiera en peligro su marcha hacia la cumbre en aquella España de vencedores.

Fueron muchos los tropiezos durante su posgrado. Al terminar la carrera, su padre, que había sido nombrado alcalde, le había preparado una entrevista con un afamado empresario de la localidad, que lo acogería para trabajar como químico. Pero Juan le dijo que tenía otros planes. Aquello enfrió su relación y desde entonces, en vez de pedirle dinero a su padre, cubría sus gastos con clases particulares y una beca del ministerio.

Los follones provocados por la hambruna y el régimen del general, llevaron a los estudiantes a cometer todo tipo de tropelías, que terminaron con la expulsión de todos los inquilinos de la residencia universitaria del SEU. Entonces Juan alquiló una habitación a una anciana. Estaba cerca del Puente del Real, camino de la facultad. Por las mañanas veía pasar a los catedráticos y pensaba: Van a trabajar y les pagan... ¿cuándo podré hacerlo yo? El tiempo pasó y sus trabajos de investigación, habiendo dado fruto, no eran reconocidos por su tutor para defender el título de doctor. El catedrático en su poltrona no quería matar aquella gallina de los huevos de oro, que por una miserable beca, le preparaba múltiples maneras de aprovechar el salvado del arroz, escribía publicaciones para revistas científicas y relacionaba importantes empresas industriales con las líneas de investigación de la Universidad. Al final Juan se hartó. Sabiéndose preparado, explotó en deseos de leer la tesis y aprovechando una sustitución

temporal del catedrático, presentó su trabajo avalado por otro jefe de departamento, que años después se convertiría en ministro de Educación y Ciencia.

Poco antes de ganar el título de doctor, sintió la llamada de la madre naturaleza. Atrás quedaron los devaneos con archiconocidas de su localidad. La cosa iba en serio. Se trataba de buscar a la madre de sus hijos y Juan, igual que hacía con la ciencia, escudriñó aquella tierra amplia hasta dar con la que podría compartir el experimento que permitiera a la vida abrirse camino a través de ellos. Así se embarcó en una aventura que le separó más de su tierra chica y le facilitó hacer el nido, al tiempo que aceptaba su primera oferta de trabajo; un trabajo bien retribuido que él mismo había conseguido, sin utilizar las influencias de su familia.

Con la maleta de estudiante ya en segundo plano, pero aún llena de genuina ilusión, trasladó sus bártulos al sur para establecerse cerca del núcleo industrial donde empezaría a hacer real el mundo con el que siempre había soñado. Así Juan hombre se convirtió en Juan y Paquita y Juan químico en Don Juan. Continuó su frenética actividad, humana y laboral, vestida de una desusada responsabilidad como profesional y como cabeza de familia. Su meta entonces era ser el mejor en lo suyo. Le tocó especializarse en colas para pegar suelas. Revolvió documentación técnica y científica a todos los niveles, tal como había aprendido a hacerlo en la facultad, hasta dar con todo lo que había en el mundo referente a su quehacer. Esto unido a su infatigable actividad experimental, le convirtió al poco en un renombrado especialista. *¡Han traído un químico de Mallorca que ha inventado el Kanfor!* Decía la gente del pueblo al poco de que Juan lograra un nuevo producto.

Según me contó Juan, su primer retoño nació al año del casamiento y era un niño revoltoso y corto, que pronto precisó de autoridad. El general Franco había convertido el país en un cuartel, y los cabeza de familia ejercían la autoridad como sargentos de semana. El cura le puso Jaime como su abuelo, que era tradición en la familia, pero Juan le llamó “el sapete” desde que viera la luz. Era tan travieso el sapete que Juan, para que se portara bien cuando él estaba trabajando, lo convenció de que lo veía por un agujero desde la fábrica.

Seguía la maleta del estudiante surtiendo ilusión, cuando el hogar fue alumbrado con la niña y ensombrecido con el adiós del abuelo. A Juan se le reía el alma cuando me lo contaba. Una hijita guapa y lista, espabilada como ella sola, que pronto se convertiría en la niña de sus ojos. Finado su padre se percató de que sus anhelos se habían hecho verdad. Entonces lo perdonó, pero la sana manía de mostrarse suficiente siguió

alumbrando su día a día. En el cielo de la galería, un flamante armario amarillo encerraba las herramientas con las que prácticamente había rehecho toda la instalación eléctrica de la casa, alegando innumerables deficiencias. Un poco después, a medida que avanzaban los logros profesionales, cuando buscando el segundo niño llegó la tercera niña, una nueva sorpresa salió de la maletita. ¿Un coche? ¿Puedo? ¿Y si llegara yo a Sóller el verano que viene con un automóvil?

Su hijo, el sapete, le preguntaba repetidas veces que cuánto le había costado el seiscientos. Al final lo dijo, sesenta mil pesetas, menos de cuatrocientos euros, toda la fortuna que le había reportado la ilusión que le tiraba de la cama cada mañana. Juan tenía ya treinta y nueve años, mujer, cuatro hijos, un canario y un automóvil; y todo sin la ayuda de su padre.

Los inviernos transcurrían creciendo en la fábrica y descansando en el hogar. Los domingos iban de excursión. Él se manejaba en el campo con la misma destreza que en la fábrica. Explicaba las plantas y los pájaros. Cuando el chico estaba en la edad de las preguntas, él respondía a todo haciendo alarde de haberse criado también en el campo, en Monreals, donde jugaban al tenis, se comían los higos a escondidas y tiraban piedras a la catenaria del tren. A Juan se le iluminaba el rostro cuando hablaba de su tierra y de su finca. Y también cuando mentaba a los suyos. ¡Cuánto amor a su patria chica tendría, que no le bastaron setenta años para borrarle el deje isleño! Seguía ahuecando las eles y entonando las frases cuando me contaba lo bien que lo pasaban los veranos en Mallorca.

Siguiendo con la formación que marcaba el gobierno de la dictadura, los hijos tuvieron que ser recluidos en internados para que los pulieran con una educación privilegiada y así pudieran después hacer frente a los avatares de la vida. Ya con el nido medio vacío en el invierno, los veranos se vivían intensamente y no se conocía mayor bienestar que el que producía el mes de julio en Sóller. Juan disfrutaba llegando a su pueblecito todos los años, luciendo mujer, prole, tata, coche y un sinfín de cosas más que habían sido ilusiones y se habían hecho reales a golpe de libro y matraz. Visitaba a las tietas viejas, quienes observaban atentas a quien vieron salir de allí de chiquillo, y a la sazón volvía hombre. Pero... ¿*Ahorras algo Juan?* Le preguntaban sin dar crédito a quien había desoído los consejos paternos años atrás. *Gano mucho dinero*, contestaba él ufano. Mientras su hijo se perdía en el patio observando los pajarillos que revoloteaban en una enorme jaula, Juan explicaba a su tía detalles de cómo la ilusión de sus años mozos se había hecho realidad en tierra firme.

Años más tarde, a medida que la fábrica se hacía grande, el seiscientos creció hasta cientoveinticuatro y Don Juan se convirtió en un importante referente de la tecnología de adhesivos. Requerido en Sudamérica en dos ocasiones, cruzó el charco para seguir haciendo lo mismo: enseñar y aprender. Visitó también el norte de África y, años más tarde, oriente próximo. Su maleta de estudiante, recluida en el fondo de un atillo, seguía soltando ilusión y haciéndolo crecer como marido, como padre y como trabajador. También las aficiones fuera del trabajo crecieron, las prebendas extra que le producía su actividad las invertía en todo tipo de aparatos de música y fotografía. Llegó a tener varias máquinas con objetivos para todos los menesteres, un equipo completo de revelado con productos químicos que él mismo preparaba y modificaba. Tampoco había reparación doméstica que se le resistiera. A juzgar por lo que me dijo y me mostró durante los seis meses que fuimos amigos, no quedaba en su casa una sola instalación original; él lo había cambiado todo.

Cuando me contó lo que sigue, Juan dejó de mirarme. Ni lo bueno ni lo malo perduran. Su hijo era ya un químico con casi diez años de experiencia, curtido a la sombra de su sabiduría y cansado de oírle decir a él que había sitios mejores para trabajar. Entonces Juan presencié sobrecogido cómo su sapete hacía el equipaje para encaminarse por otros derroteros. El joven, cabeza ya de un nuevo nido, provisto de todos los aprendizajes de su padre y maestro, escuchando sus consejos, salió de bajo su alón. Juan me dijo que él le había repetido una y otra vez que lo hiciera, pero nunca pensó que su pequeño fuera capaz de volar solo. En ese momento se encendió por vez primera la luz de la reserva en el depósito de su ilusión. El año siguiente le llegó la hora de la jubilación, y ese estado en el que él no había creído nunca, ni siquiera imaginado, se le presentó como una prematura parca, invitándole a seguirle. Aquel día su esposa le preparó un estupendo desayuno con una exquisita presentación. Él, alelado, no sabía qué cara poner. El júbilo del fin del trabajo no había estado nunca entre los pertrechos de aquella vieja maleta de cuero que le acompañó a la península en su primer viaje. Juan no tenía nada que festejar aquel quince de febrero del noventa y uno. Él sólo creía en lo que era capaz de producir, con sus manos y su mente. El día de su sesenta y cinco cumpleaños, cuando el estado español le daba la bienvenida a su cobijo y le felicitaba por los servicios prestados, Juan se deprimió. Hurgaba en su vieja maletita de estudiante buscando la herramienta que le compusiera aquel entuerto. Pero no halló nada. Él quería seguir produciendo. De su boca no se retiraba nunca la frase “El día de mañana...”.

Y a la fuerza ahorcan y Juan se hizo pensionista sin querer. Pero antes de cogerle el gustillo al dinero fácil, sin hacer planes ni números, sin saber siquiera de cuánto iba a disponer, un fogonazo fantástico alumbró de nuevo su vida. Ya sin prole que alimentar, ni facturas de colegios que pagar, un importante comerciante de productos químicos le pidió asesoramiento para la compraventa de sus mercaderías. Los ojos de Juan volvieron a brillar en aquel momento de su relato. Sin pensarlo dos veces, asesorado por un profesional para los detalles legales, emprendió una nueva singladura en la que ya era su nueva tierra. Si la ilusión que le movió a los veinte años fue grande, la que le llenaba camino de los setenta era infinita. —*Nadie lo tomaba en serio, pero me montaron un buen laboratorio y una estupenda biblioteca, todo lo que les pedí...*— me contaba rememorando su segunda juventud. Hecho con los rescoldos que quedaban en la maleta de estudiante, el heredero de los Colom remontó el vuelo sin poner límite a sus miras. Viajó de nuevo al extranjero, sus charlas, consejos e indicaciones eran recibidas por jóvenes profesionales, clientes y proveedores, con gran admiración. A los siete u ocho años la empresa contrató un químico joven para que Juan lo formara y poco a poco se fuera retirando. El joven químico se formó exitosamente en lo humano y en lo profesional, pero no fue capaz de arrebatarse el trabajo a quien contaba ya más de setenta y cinco, capaz de todo e incapaz de ceder su puesto.

—*Fíjate si aprendió, que ahora es director general de una fábrica grande...*— Me dijo Juan orgulloso. Pero a mi pregunta de ¿por qué no te retiraste? él contestó que necesitaba trabajar, porque la pensión que le había quedado era muy pequeña. Con ochenta y siete bien cumplidos aún percibía una iguala de la empresa en la que no hubo sitio para otro profesional que no fuera él. Querido y admirado por jefes, compañeros y colaboradores, aceptó, tras múltiples negaciones, dejar por completo la actividad. Entonces desapareció de su faz el brillo que la alumbrara de por vida. Pasó unos meses buscando en silencio la vieja maleta de estudiante donde guardaba la ilusión, pero no apareció. Se disgustó y empezó a verse viejo e inútil. Faltaba la savia a aquel organismo vivo, mientras se convertía en una funda de recuerdos desordenados, que empequeñecía envolviendo su sabiduría. Fue entonces cuando lo conocí. Su tristeza se hacía evidente día a día hasta que un mal traspié le obligó a guardar reposo. Mente y cuerpo postrados, como nunca habían estado, trasponían un alma vacía de ilusión, a través de la cual se abrió camino el final.

No existe obra de teatro eterna. Cuanto más nos agrada una película, más nos duele que se acabe. El fin de Juan fue tan triste como alegre había sido su vida. Legó a los suyos la ilusión. La ilusión por la ciencia, por la música, la fotografía; por el trabajo bien hecho, por las habilidades manuales, por la enseñanza, por el aprendizaje. La ilusión fue el motor que lo metió en aquel barco la primera vez, la coraza que lo protegió al separarse de su padre, la espada que lo defendió de los abusos del poder, el hogar en el que creció su prole y el cohete que lo lanzó a lo más alto de su profesión.

Creo que la felicidad es el premio que otorga la vida a quien sabe conservar la ilusión. Mi amigo Juan, por encima de todo, fue un hombre feliz.

Se merece un fuerte aplauso y descansar en paz.

Jaime Colom

Abril de 2015